

GENTE DE LA CORDILLERA

A Milena Quintero

Era un mundo en eterna lucha
por llegar a ser el que era
en un río de latina hermosura
y de sangre que el agua lleva.

Eran casas de desnudos ladrillos
entre montañas de energía sonora
cuyas cimas se alzaban sembradas
por curtidos brazos de auroras.

Eran ancianos rostros con la sabiduría del niño
contando hazañas de los Embera-Chamí
guiados por sus espíritus Jais,
a través de las aguas y las selvas,
allá, donde el animal habita
y la naturaleza toda conversa.

Yo viví en Colombia
hace ya algún tiempo
y perseguíamos truchas en los canales
mientras las lanzas tronaban
más allá de los valles,
donde teñidos de rojo
respiran los cafetales.

El sol de estos días os evoca
para huír más allá del invierno
a un país de gargantas, mares,
sabanas, selvas, cerros
y un fulgor de ideas
dormitando en el destierro.



Yo crecí en Medellín con la alegría
pero también con el eco de la Parca
como sierpe en llamas
que en el monte desliza.

Y había una cuesta
que hacia el barrio subía
en un auto blanco
con rosarios del retrovisor colgando
y músicas de bailonas escalas.

Y había un monte con un teleférico
sobre un paisaje de heraldos negros
que nos llevó a una biblioteca
donde impresa habita la esperanza.

Te tuve Colombia con toda la gracia
que tus torrentes de agua al caer poseen,
con toda la historia que esconde
el más hermoso de tus panteones
con orlas y nombres que al recordar nos amaran.

Te he llevado como la luna
lleva al mar en su recuerdo,
tú eras maestra en un colegio
y vagabas por tu amada Bogotá
entre las sabanas y los cerros
mostrando a los niños el espíritu Jai.

Yo trabajaba en un cuarto vacío
traduciendo del colombiano al francés,
observando en la plaza, allá en Jardín,
caballos salvajes que galoparan
mientras la bandeja Paisa y el aguardiente
al amor nos arrastraba.

Y así juntos lo vimos subir por la ladera
al viejo chamán Jabaná
que buscaba en el interior de las plantas,
de la naturaleza, de los animales,
para que así el mundo sanara,
ese gran mundo más allá de lo tangible
que a ritmo de signos extranjeros
moría si no luchaban.



Yo vagué en Colombia
hace ya algún tiempo.
Y bajaba los caminos mirando los cafetales
que desde las cimas me hablaban
de aquel pasado nuestro.
Y bajaba con la guitarra
para aprender canciones de los Embera
y el panteísmo de una cultura
que moría si no luchaban.

Yo nací en Bogotá
hace ya algún tiempo,
en el barrio artista La Candelaria,
buscando la universal raíz
en la comunidad de Cristianía,
compartiendo con un músico Chamí
los acordes de "Aquí llega el sol"
por Harrison versificada;
qué fácil la fusión, el compás, el arpegio,
cuando hermanos tejen la palabra.

¡Así y todo por amarte
Colombia, Milena,
Adriana, Adelaida!

Erais como una niña de ideologías repleta
y de un idioma que en vuestra voz sonara
como agua gozosa en la fuente Castalia,
como un modernista pájaro
liberado en su montaña.
Erais como cafetales bajo el sol,
que al llegar el alba
-cuando duermen los extranjeros-
la voz de su tierra ven muriendo,
gota a gota, como un desgarró
que así la selva silenciara.

¡Qué bueno luchar
cuando hay amor en las palabras,
vivir, crecer, vagar, nacer,
así ya siempre Candelaria!

